

SOBRE MOLINA DAMIANI, JUAN MANUEL.
VIENTO DEL FRENTE, PUEBLO DEL SUR:
MIGUEL HERNÁNDEZ EN JAÉN (1937).
AYUNTAMIENTO DE JAÉN. 2018. COLECCIÓN HUELLAS

Joaquín Fabrellas Jiménez

Nos ofrece en este trabajo el profesor Molina Damiani una aproximación a un poeta fundamental en la poesía de posguerra que ha sido denostado y reverenciado a partes iguales en las últimas décadas por parte de la crítica; defendido como poeta del compromiso por una parte, o como un poeta que prefería la praxis a la idea desde su posición de activo combatiente en el frente sur, donde defendió su compromiso ideológico por el que tuvo que pagar un precio muy caro.

La leyenda de su nacimiento en un hogar humilde y una formación académica tardía e insuficiente, hicieron de él el símbolo que toda causa necesitaba, pero no se sustenta por sí misma como se ha puesto de relieve en numerosas ocasiones; su oposición a los autores asentados de la generación del 27, de la que fuera continuador ideológico, a pesar de no cumplir la rígidas condiciones impuestas por el método generacional, hasta que fue consciente de que su propia postura moral debía ser otra, una más combativa, no aquella que veía en otros poetas coetáneos, más tibios en su reivindicaciones, lo que le valió una velada antipatía en un período en que nadar a contracorriente estaba penado con el silencio o el ostracismo.

Así, salen a la luz en esta obra, las vicisitudes de un periodo que no estaba bien estudiado en un poeta muy reconocido a grandes rasgos, pero este es el precio que pagan a menudo los grandes símbolos literarios: su desconocimiento. En este caso, Molina Damiani nos relata con deteni-

miento la estancia de Miguel Hernández en Jaén durante los cuatro meses que pasó en 1937 [p. 22].

Este volumen está dividido en seis secciones donde se abordan las distintas etapas del poeta oriolano a su paso por el Jaén guerracivilista en donde residió en la calle Llana y donde llevaba a cabo su oposición como activo combatiente a favor de la República y desarrollaba una labor de difusión en el semanario *Al Ataque* y una labor de compromiso estético en su poesía que difundía por los lugares donde fuese requerido para fortalecer la lucha ideológica en las tropas [p. 23].

La primera parte de este trabajo nos da cuenta de cómo su estancia en Jaén pasó desapercibida para la mayoría civil, y también para otros círculos culturales y poéticos, a pesar de las posibles coincidencias con distintos autores de la época, como Rafael Porlán, secretario del Banco de España en Jaén, novelista y poeta de la generación del 27, residente en la Plaza de Santa María, en el Hotel Rosario, muy cerca de la calle Llana, donde vivía el poeta alicantino con su esposa, la quesadeña Josefina Manresa. Tampoco los poetas de la “Peña Mikra” entraron en contacto con él, formada, entre otros: por José Rus, Cesáreo Rodríguez-Aguilera o Rafael Palomino [p. 12]. Un desconocimiento que resulta llamativo cuando menos, debido a que fue él quien compuso el poema que ha dado fama internacional a la ciudad de Jaén, “Aceituneros”, a día de hoy himno oficial de la provincia, en un periodo donde el poder oficial poseía los medios de producción laboral, el terreno, y además la connivencia de otros poderes fácticos que desactivaron toda conciencia crítica de clase que señalan además a Hernández tras la contienda como perdedor de la misma, por tanto, no es hasta años más recientes cuando se le devuelve la importancia a su obra, con la adquisición por parte de la Diputación Provincial de Jaén de todo el legado hernandiano.

En la segunda parte de este volumen se detalla la recuperación por parte de la crítica, de la figura de Hernández a partir de 1980, cuando se empieza a despertar la curiosidad de diferentes trabajos de la mano de José Luis Buendía; o el trabajo de Juan Carlos Abril, *Piedras lunares* [2010]; así como la celebración en 2014 del “Primer Seminario Internacional Miguel Hernández” en la UJA, una recuperación lógica para una figura fundamental en las letras españolas, que vertebra el final del 27 y entronca con la poesía de posguerra, y cuyo alcance se va conociendo mejor mientras su obra se va desvistiendo del puro academicismo que tanto se le había reprochado en algunos de sus poemas, sin tener en cuenta la difícil situación en que sus composiciones fueron hechas, siempre con la amenaza de la guerra o de la cárcel, cuando no, la muerte.

Descubrimos también que la llegada de Hernández a Jaén tiene que ver con el intento de aplacar los movimientos populares, principalmente obreros, en contra del movimiento golpista, y cuyos actos habían seguido una serie de reacciones peregrinas contra todos aquellos poderes que estaban a favor de los militares y que traerían además, consecuencias nefastas para la República; también se creó *Frente Sur* como Órgano del Comité Provincial del Partido Comunista, como instrumento divulgador de las ideas fieles a la República y en donde Miguel Hernández adquirió mucha relevancia, ese es el lugar en que iría publicando buen número de composiciones, escritas a la sazón en Jaén, en esta corta etapa de su vida, pero tan rica desde el punto de vista político y creativo. El primer número saldría en marzo de 1937 en Baeza [p. 26]: «Jornaleros», «Aceituneros», «Pasionaria», y otros poemas, irán apareciendo en este periódico.

Intención, la de Miguel Hernández, relacionada con una labor periodística que redundaba en lo político, pretende una misión política al bies de lo poético, labor que compaginaba con la publicación en otros medios de la época en Jaén y además, montando la versión definitiva de su *Viento del pueblo*, que como sabemos, había ido publicando en *Frente Sur* y que, según Molina Damiani, la versión definitiva que se publicara en Valencia en Socorro Rojo, distaría de las versiones que se habían publicado anteriormente.

En otro orden de cosas, se ponen de relieve en el estudio los importantes acontecimientos que marcaron la estancia de Hernández en Jaén, que fueron determinantes en la vida del poeta y en la historia de Jaén y del devenir político de la guerra. El primero de ellos es la finalización y estreno en Jaén, en el desaparecido Teatro Cervantes de la ciudad, de su obra teatral *El refugiado*, en marzo de 1937, donde nos dice en la nota previa de todo su *Teatro de guerra reunido*: «[...] Una de las maneras de luchar es haber comenzado a cultivar un teatro hiriente y breve: un teatro de guerra[...]». Porque su teatro y su poesía tenían una clara intención: «[...] trato de aclarar la cabeza y el corazón de mi pueblo, sacarlos con bien de los días revueltos, [...] hay que sepultar las ruinas del obscuro y mentiroso teatro de la burguesía, [...] que todavía andan moviendo polvo y ruina en nuestro pueblo [...]».

Otro acontecimiento clave en la biografía de Hernández en la provincia, sería la de su acercamiento a los frentes de Lopera y de Porcuna, frentes que estaban estabilizados por la constante presencia de soldados republicanos, tras la ofensiva rebelde de la «Campaña de la Aceituna» frente ganado gracias a la ayuda de los mineros venidos de La Carolina y tras el encierro

que tuvo lugar en el Cabezo de Andújar, en el monasterio de la Virgen de la Cabeza. Pues allí se acerca el poeta a recitar sus versos para ambas tropas e intentar subir la moral de los suyos, algún tiempo después, redactaría un soneto en honor a los brigadistas caídos por la República.

Por otra parte, otro de los sucesos más importantes que vivió Hernández –y uno de los más olvidados de la historiografía de la Guerra Civil española– a pesar de estar fuera de la ciudad ese día el poeta, sin embargo, su esposa sí se encontraba en la capital, fue el bombardeo que sufrió Jaén el 1 de abril de 1937, un bombardeo a todas luces innecesario e injustificado desde el punto de vista estratégico, ya que la capital no era paso obligatorio para las tropas rebeldes ni estaba en juego su posesión dentro del tablero ideológico del poder alzado. Así, siguiendo órdenes directas del general Queipo de Llano, se bombardea la ciudad gracias a la ayuda de seis Junkers-52 alemanes, que dio un total luctuoso de 159 muertos y casi trescientos heridos, 45 de los cuales eran niños. Seguidamente, como represalia, se decide fusilar a tantos presos rebeldes como muertos hubo, acto que se llevaría a cabo en el Cementerio de Mancha Real, llegando a matar a 128 presos sacados de las cárceles de Jaén y de la Catedral. Este acto provoca en Miguel Hernández una violenta reacción por parte de la contemplación sin escrúpulos de la burguesía rural de la ciudad de Jaén –que no manifestó ningún desacuerdo con el acto homicida– ante el bombardeo.

El tercer acontecimiento en el que se implicó Hernández fue la participación durante el asalto al Santuario de la Virgen de la Cabeza, asedio que acabó con la rendición por parte de los soldados rebeldes en 1937, los cuales se habían atrincherado en lugar tan estratégico para favorecer el paso hacia el norte de la península de la forma más breve desde Andalucía, con la ayuda, además de la Guardia Civil, que había sido obligada a instalarse allí junto con sus familias, siguiendo las órdenes del capitán Cortés [p. 34].

Por último, otro de los acontecimientos que vivió el poeta en Jaén fue la confluencia y unificación de dos partidos políticos jiennenses: el PSOE y el PCE, proceso en el que se ve envuelto de forma muy activa como hombre fuerte del Partido Comunista; se dirige incluso una “Carta abierta a los socialistas” donde se comenta la necesidad de la unión de ambos partidos para crear un proletariado fuerte, intentando unir así su influencia con la de los socialistas más moderados como Indalecio Prieto [p. 35].

Esta estancia en Jaén, y en su provincia, que sirven al poeta para hacer una instantánea del ciudadano y del campesinado, un campesino

que debe ser consciente del cambio operado en Europa y al que se le debe llevar la noticia del estado del proletariado, debe ser consciente del poder que tiene trabajando la tierra en una provincia eminentemente rural y donde el reparto de la misma y de la riqueza no existe, por ello, los campesinos deben salir de su modorra y luchar por sus derechos, hace una crítica clara en: « [...] Al atardecer[...] una muchedumbre de jóvenes con ridículos trajes de fiesta [...] pasean por la calle principal del pueblo como en una exhibición de feria, [...] Si falta pan, comeremos lo que haya sin pan [...]». Fruto de un estoicismo mal entendido que confunde la tolerancia del estado con la explotación durante siglos por parte de los poderosos, lo que lleva a pensar que los de abajo forman parte orgullosos del sistema opresor que beneficia a los de arriba, el concepto defendido por Nietzsche en la “moral del esclavo” que tiende a confundir los intereses del explotador con los intereses del explotado, claro está, basándose en un sistema donde impera la falta de educación básica que no provee de pensamiento crítico a una población adocenada y manipulada que se conforma con las migajas de un poder espurio basado en la explotación de la tierra desde la época medieval, que se ve además, acrecentado, por la demonización del salvaje capitalismo que, a partir del *crack* del 29 se enrocaría, y donde parece imperar el *todo vale* en el que ahora estamos insertos de pleno, tras largas décadas de régimen antidemocrático, que pretendía salvaguardar unos ideales de conservación de la tierra y la economía, mientras iba introduciendo un sistema basado en el capitalismo que, en un principio, criticaba.

En el tercer capítulo de este trabajo, el profesor Molina Damiani, nos presenta las obras más importantes en la creación hernandiana, a saber: la primera incursión poética, *Perito en lunas* [1933], aquel libro que rendía homenaje a todas las lecturas que había realizado del siglo de oro y siguiendo las normas estilísticas dentro de las cuales se inscribía Miguel Hernández, la modernización y la puesta a punto de las formas tradicionales cultas –algo de lo que nos avisa Molina Damiani–, puesto que la creencia generalizada es que Hernández es un autor popular, cuando en realidad, casi todas las formas que utiliza en sus libros, son formas cultas, con versos endecasílabos, o alejandrinos: aquel mito del poeta pobre con una educación insuficiente se desmonta en sus obras: no hay ingenios legos; las formas populares de la lírica española, como el octosílabo no son tan utilizados por él como puede pensarse en un primer momento. Pagado el homenaje a sus maestros, a sus lecturas, forma parte este libro *Perito en lunas* de la intención rehumanizadora que tuvo lugar en España tras los intentos de volver, con defensores como Neruda, a una

lírca manchada de humanidad tras las corrientes y los excesos puristas que viajaban por Europa, olvidándose de la intención primera de Miguel Hernández, un poeta alejado de la torre de marfil, que prefiere la acción a la reflexión como se verá más adelante. Un libro sufragado por su otro maestro, Luis Almarcha¹, obispo de León, que intentó ayudarlo e interceder por él en los últimos días de vida del poeta oriolano en la cárcel de Alicante, cuando ya fue demasiado tarde.

En segundo lugar, *El rayo que no cesa*, [1936], supone otra vez el intento de rescatar, recuperando la poesía culta con sonetos que habían sido escrito años antes en un tiempo donde la estética dominante se encontraba entre la obra de Neruda, *Residencia en la tierra* y la de Vicente Aleixandre, *La destrucción o el amor*, se inscribe entonces dentro de una tradición culta española, con el expresionismo sentimental propio de alguien que intenta reflejar el sufrimiento humano en un momento delicado para España, como lo iba a ser, unos años más tarde, para el resto del mundo. Un momento que Hernández recoge, y donde afirma sentirse perdido: «ni pienso ni siento muchas cosas de las que digo allí, ni tengo nada que ver con la política católica y dañina de Cruz y Raya [...]. Estoy harto y arrepentido de haber escrito cosas al servicio de Dios y de la tontería católica», en una carta de 1935 dirigida a su amigo Guerrero Ruiz.

Una iconografía enraizada en lo simbólico ancestral, un lenguaje que también Lorca trataría en su obra, como el puñal, el cuchillo, lo cortante, el brillo de lo metálico que contrarresta el sentimiento comedido en los sonetos que tratan de frenar el sentimiento desbordado del poeta, una simbología heredada de lo español y de ciertas lecciones de Aleixandre en su obra y en su vida, como lo demuestra el epistolario de Jesucristo Riquelme entre ambos poetas² y el gran cariño y admiración mutua que se tuvieron.

Libro, nos recuerda Damiani, [p. 51], relacionado con la “Escuela de Vallecas”³, con el realismo vitalista de la España mesetaria que no estaba para descubrir la conexión de lo sólido con lo onírico, sino para revelar la importancia del poeta en el mundo, una misión pedagógica que trate de

¹ Luis Almarcha y Miguel Hernández: La amistad peligrosa. Miguel Ángel Nepomuceno. 2005. Wayback Machine.

² Jesucristo Riquelme. *De Nobel a novel. Epistolario inédito de Vicente Aleixandre a Miguel Hernández y Josefina Manresa*. 2005.

³ Escuela de Vallecas. Escuela pictórica y poética formada por Benjamín Palencia, Maruja Mallo, Juan Manuel Díaz Caneja, Nicolás de Lekuona, Jorge Oteiza, entre otros. Escuela que combinaba la influencia surrealista con el *fauve* y con el expresionismo propio del periodo de entreguerras.

enseñar a todos cuál es nuestra tradición histórica. Libro, por otra parte, que nos muestra la forma de trabajar de Hernández con sus hallazgos, que guardan una enorme coherencia con la forma que Hernández escogió para vivir y desarrollar su labor lírica.

A continuación vendría *Viento del pueblo*, [1937], poesía de un calado político espoleado por diversos sucesos como la muerte de García Lorca y el alzamiento de los militares sublevados un año antes, son estos poemas una respuesta, una miscelánea, un conjunto de poemas que el oriolano había leído en diferentes lugares y que no debería entenderse como libro, según afirma Sánchez Vidal [p. 52]; poemas, nos recuerda Molina Damiani, que fueron escritos a lo largo del año anterior y que sirvieron de diario personal y lírico de la experiencia de la guerra, se nos revela como “el gran documento poético de la literatura española”.

Hernández es un poeta del pueblo, con un recio sentimiento de pertenencia a una clase que se ha visto ninguneada por la opresión histórica, que trata de hacer ver al campesinado la fuerza histórica en un momento decisivo de la historia española, y lo quería hacer mediante sus obras, mediante el contacto directo con los milicianos y con los ciudadanos para llevar su voz a cualquier rincón, aspecto este que ha sido visto como un exceso de propaganda política en poesía, una pertenencia que la República exigía a sus defensores, que debía primero ganar la guerra, para después hacer la revolución proletaria [p. 55].

Viento del pueblo surge de una naturalidad oral destinada a limar las asperezas de una lírica que había perdido el destinatario de una poesía que se separaba paulatinamente del pueblo del que había surgido. La deriva radical de ciertas propuestas líricas que se apuntaban en una Europa entre guerras, con la falta de fe en el elemento humano, la cosificación animalizada del hombre como resorte vacío o como engranaje de una cadena que ya nos mostraba el cine de Fritz Lang o la literatura de Celine, el malestar vital en el que hombre había pasado de formar parte de un pueblo, para desperdigarse defendiendo el evanescente efecto de una economía amparada en un capitalismo salvaje. De ahí que Hernández quiera encontrar ese efecto de oralidad, alejado del timbre automático de una poesía desvirtuada, reflejo del ser moderno, el hombre descontextualizado en una España que aún no había entrado de lleno en la primera fase del capitalismo industrial que ya había arraigado de lleno en la Europa más desarrollada desde finales del siglo XIX.

El hombre acecha [1939], pertenece también a un momento vital más alejado de su estancia en Jaén, pero que formaría parte de lo que se conoce

dentro de la obra total de Hernández como *Poesía en la guerra*, algo que ya señalan diferentes especialistas como una poesía de componente crítico, una poesía como nadie hizo en la guerra: comprometida y clarividente.

También se hace eco Molina Damiani [p. 61], en el apartado quinto de este trabajo sobre la marcha de Hernández al II Congreso Internacional de Intelectuales en Defensa de la Cultura que tuvo lugar en la ciudad de Valencia en julio de 1937 y adonde asistieron –firmando una ponencia colectiva por la cultura–, entre otros: Miguel Hernández, Serrano Plaja, Ángel Gaos, Emilio Prados, Gil-Albert, Miguel Prieto o Ramón Gaya. Donde se dieron cuenta de las diferentes líneas que se debían seguir según hacían en Europa siguiendo la estela de los manifiestos de Breton y Aragon que defendían el arte al servicio de la revolución o el arte al servicio del partido comunista con la entrada de Marx en los planteamientos ideológicos que los deberían sustentar.

Momento histórico que coincide con la visita de Hernández a Rusia en octubre de 1937, y que le hace tener una visión distante de la revolución social que se había llevado a cabo en Rusia y el paulatino incremento del poder total de Stalin y su salvaje demonización en plena efervescencia de la Gran Purga que llevó a los *gulags* a cientos de opositores e intelectuales que no estaban de acuerdo con Stalin.

Se defiende entonces un posicionamiento por un arte humano, opuesto a cualquier forma de purismo, evitar la frivolidad artística heredada de un arte burgués que defiende la llegada del capitalismo, su poesía entraría entonces a defender ciertos postulados lukacsianos de entender el arte como fenómeno popular, ya que, hacer lo contrario sería defender los postulados del arte capitalista, es por ello su arte una mezcla de compromiso, de revolución, procedente del partisano activista que le componía desde adentro.

Sirve este trabajo, entonces, para ir acabando, para memorizar el olvido de Jaén hacia un poeta que hizo de esta tierra un símbolo del despertar proletario, que es, en definitiva, el fin de toda revolución: hacer de los ciudadanos conciencia cívica y sobre todo, democrática, saber enfrentar los embates de la historia más cruel en un momento en que el capitalismo más totalitario se encierra en sus posturas, resguardados además por las nuevas tecnologías cibernéticas, que son las tecnologías del control total de la población, y que hacen de los ciudadanos, meros consumidores, súbditos de un poder ciego que crea individuos de espaldas a la luz de entrada de la caverna. Apartando la solidaridad como valor fundamental de una sociedad que fluye hacia el individua-

lismo solitario que nos venden como culmen de la libertad individual del super-hombre en una civilización que desciende a lo podrido de todo lo que brilla de forma espuria, confundiendo tradición con modernidad.

Un Hernández en boca de todos ahora mismo, con el peligro que ello conlleva, porque los iconos están destinados a ser vaciados desde dentro y ser olvidados en el tiempo, perdidos sus legados en instituciones y en bibliotecas clausuradas, cuando, como en este caso, su poesía era el hallazgo de lo insólito en mí como joven poeta, sorprendente la altura de unas figuras que tanto fascinaban al lector incauto y primerizo que yo era, una imagen que pagaba homenaje a las lecturas que Hernández había hecho del Siglo de Oro y que digirió de forma tan brillante, superando en ocasiones la greguería, o la influencia surrealista que vertebraba toda aquella generación de poetas que estaban entre la acción y la palabra, o la utilización del teatro como vehículo esencial de la divulgación del conocimiento poético y político de España, cuando el compromiso era necesario, tan necesario, como adherirse a una causa. La relectura ahora de los versos hernandianos en la redacción de este trabajo transcurren por ahí, entre el asombro y la reverencia, que no puede dejar de señalar ciertos desperfectos métricos de los que el oído nunca fue consciente, porque era su poesía viento del pueblo, rumor del aire, aunque también, tal vez, en lo que nunca me convertí, lo que nunca pude ser, la valentía de una poesía que basculaba hacia el compromiso claro; si veo en Hernández todo lo que pudo no haber sido, devuelvo su voz y su imagen, pienso en libros posibles, y señalo una fecha en que la lírica española se empobreció algo más en el delirante ascenso de la barbarie a la que Hernández puso acento, recogiendo la memoria colectiva de lo que pudo haber ocurrido, y nunca sucedió. Un poeta capaz de deslegitimizar las bases teóricas de un discurso poético que se afanaba en la creación de un canon que, como siempre, excluía al pueblo, del que Hernández surge, tanto en su lírica como en su compromiso político.

Profunda reflexión moral y estética sobre Miguel Hernández, la de Molina Damiani, que nos sirve para ajustar las bases críticas de un pensamiento, el actual, que tiende a lo total e inhumano, hacia una utopía que nadie escribió, pero que muchos ya preveían en el discurso enmascarado de ciertas victorias que se han trocado en derrotas morales. Trabajo que explica desde lo poético, la obra de Hernández, pero que expone también las mismas causas del declive que asolaba esta tierra después de la guerra, inmovilismo, de este país, y este mundo, que aún sigue a la busca del sentido del ser entre los vaivenes del viento.

TRABAJOS CONSULTADOS PARA ESTE TRABAJO

FERNÁNDEZ PALMERAL, Ramón. «Simbología secreta del *Rayo que no cesa*». www.cervantesvirtual.es

HERNÁNDEZ, Miguel. *Obra poética completa*. Edición a cargo de Jorge Urrutia. Alianza Editorial. [2017]. 832 pp.

MOLINA DAMIANI, Juan Manuel. *Viento del frente, pueblo del sur: Miguel Hernández en Jaén (1937)*. Ayuntamiento de Jaén. [2018]. 132 pp.

NEPOMUCENO, Miguel Ángel. *Luis Almarcha y Miguel Hernández: La amistad peligrosa*: En Presente y futuro de Miguel Hernández: actas del II Congreso Internacional Miguel Hernández, Orihuela-Madrid, 26-30 de octubre de 2003 / coord. por Francisco Ramírez, Aitor Luis Larrabide Achútegui; Juan José Sánchez Balaguer (ed. lit.), 2004, ISBN 84-931437-4-X, págs. 197-215.

www.miguelhernandezvirtual.es

RIQUELME, Jesucristo. *De Nobel a novel. Epistolario inédito de Vicente Aleixandre a Miguel Hernández y Josefina Manresa*. 2005. Espasa clásicos. 648 pp.